

Monólogo: la aventura de responder a *Tríptico de la infamia*



Jeferson Stiven Lara-Correa¹

¡No quiero hacer la tarea! Debo admitir ante vuestras mercedes que ese fue mi primer pensamiento. Tarea... Tarea... Tarea... Si supieran que la sola mención de sus letras engulle cualquier traza de aire en los pulmones, es el impaciente golpe del verdugo sobre una víctima que conoce ya en detalle lo que le aguarda. Diría yo, con mucho temor a equivocarme, que este personaje lleva una centuria (en realidad solo una semana, pero es por el efecto dramático, entenderá usted) cavilando, reflexionando, perdiéndose en un mundo de elucubraciones sobre el qué hacer. Mi conclusión: escribir. Lo que me parece natural dada la extraña y comprensible circunstancia de que no sé hacer nada más. Solo y solo si fuese Le Moyen entraría a clase con el universo cartográfico de la novela condensado en los límites de un mapa; si fuese Théodore de Bry, un buen grabado en oro y plata me aseguraría un cinco; y si fuese Montoya llegaría con un tríptico novela o una novela tríptico, o al menos... una novela. Pero solo soy Stiven (nótese que el nombre no es ni la sombra de un artista) y yo... por supuesto... no quiero hacer la tarea. Declarad vuestras intenciones: juro ante dios, ante el profesor y ante esta noble audiencia que estas y nada más que estas son mis intenciones. Y, sin embargo, me encuentro hoy a la vanguardia diciendo algo: palabras y palabras que no dicen nada. ¿Debería seguir el ejemplo de Octavio Paz? Sí, démosles la vuelta, cojámoslas del rabo, hagámoslas chillar, azotémoslas, inflémoslas, pinchémoslas, sorbámosles la sangre, pisémoslas a modo de gallo galante, torzámoslas, hagamos que se traguen todas sus palabras.

(Suenan Philip Glass, se deja pasar un instante con el propósito de que la música se asiente sobre la audiencia).

Esto es una jaula, un mar de repetición: las mismas calles, el mismo hogar. Me levanto confundido, engullo algo a lo largo del día, monto Transmilenio entre olas de bullicio, me siento por ahí a escuchar el canto de los pájaros y a detallar las formas del cielo. De nuevo... me levanto confundido, engullo algo a lo largo del día, monto Transmilenio



¹ Estudiante del Programa de Español y Lenguas Extranjeras, Universidad Pedagógica Nacional. jeslarac@upn.edu.co

entre olas de bullicio, me siento por ahí a escuchar el canto de los pájaros y a detallar las formas del cielo. De nuevo... ¡De nuevo!... ¡de nuevo!... Un día, repentinamente, entre tal desorden de neblina, sin golpear a la puerta se aparece una idea, yo no la recibo ni la acojo ni la escribo, ella desaparece entre el baile acompasado y pesado de la multitud. Voy tras ella, la persigo sin detenerme a tomar aire, pero... no importa lo rápido que se muevan estas piernas, la distancia se mantiene la misma entre ambos y se esfuma entre caminos intransitables. ¿Cuál es el sentido de que le cuente yo a usted todo esto? ¡No estoy loco! Debo aclarar. Además de mi deseo por hacer parecer esta tarea más larga de lo que en realidad es, tengo el misterioso presentimiento de que Montoya sentía tal desidia al ejercer su ejercicio detectivesco por las varias ciudades de Europa, un gato encerrado en la esquina de una pintura. En suma, él tampoco quería hacer su tarea... Me lo imagino exhausto deambulando por callejuelas, observando el entramado de pequeños canales, tardes grisáceas y frías, turistas fotografiando sin cesar, de vez en cuando las reverberaciones de un sol tímido, suciedad y caos, chirridos insoportables, ecos desdibujados, y de pronto, en el terreno resbaladizo de la intuición, en el desvarío del caos, en la monotonía salvaje, la nebulosa figura de Théodore de Bry se aparece. Conjeturo, esperando no equivocarme, que en el caótico desequilibrio de su tiempo Montoya entendió cómo escribir su novela.

Si me lo preguntan, y sé que no me lo van a preguntar, me doy a la tarea de confeccionar entre palabras de algodón una respuesta. ¡Solo por si las moscas! ¡Solo por si alguien más que un comentario tiene una pregunta! ¡Solo porque en este momento me disfrazo de lector ideal! (Se disfrazo de lector ideal). ¿Una respuesta a qué? Aclaremos

primero, antes de enrevesar más el asunto, qué es eso de lector ideal:

Se cuenta que en el interior de una tierra lejana rodeada de montañas majestuosas y abovedadas por una cúpula celeste, se levantaba la ciudad de Ecoe cuyas calles laberínticas, torres infinitas y ríos tornasoles la hacían sobresalir por sobre las demás. Dicen los historiadores y algunos novelistas, que en la parte más alta de Ecoe se erigió un majestuoso palacio de intrincadas bibliotecas en cuyas profundidades habitaba la entidad por algunos conocida como "lector ideal". Se narra en inscripciones antiguas, descifradas no hace mucho por prestigiosos lingüistas, que esta entidad era capaz de interpretar los textos de manera análoga al autor que los escribió, digámoslo de otro modo, reconstruir de manera precisa lo que los autores esperaban de él.

¿Cuál es el propósito del autor de *Tríptico de la infamia*? Montoya entendió que la historia es compleja, enrevesada, contradictoria, caótica, variopinta, desordenada y hasta anárquica. ¡Qué imagen! Démosle a la historia realidad corpórea, imaginémosla vestida de ideales anarquistas golpeando a un par de comunistas. ¡Así! ¡Bien irreverente! Montoya entendió que tal complejidad debía ser introducida en su narración, captar el horizonte de la historia en una amalgama de diversidad a sabiendas de que aún así su representación sería insuficiente: narradores, perspectivas, ideas, cosmovisiones, tiempos, lenguaje, musicalidad. La posibilidad de evocar en el lector el sentimiento de un desorden ordenado, elementos que a pesar de su disparidad se ensamblan como un engranaje. Detengámonos, por ejemplo, en el lenguaje. En ocasiones, el texto encarna la realidad del poeta, se le ve aparecer y desaparecer entre peces voladores, árboles andariegos, fuentes de la juventud, montañas insalvables, cauces incandescentes,

reinos dorados, dragones alados, fulgores, muslos sugestivos y cabelleras desparramadas. A través de la palabra se impregna a la prosaica realidad de la irrealidad metafórica: lo ideal, lo mágico, lo sublime. Se contempla belleza en cada esquina, una belleza acentuada por el refinamiento y exotismo de palabras que escapan al torbellino de lo cotidiano. ¿Me sigue? ¿No? Bueno, no importa. En otras ocasiones, la novela personifica la realidad objetiva y descriptiva del historiador atento a cada mínimo detalle: se pierde entonces el texto en una llanura de descripción de objetos, una prosa de palabras largas, un ritmo monótono, una balada regular. También existen los momentos en que se descende a la realidad prosaica y anodina, se le recuerda al lector con una trompada en la cara como es que se habla. ¡Hideputa mendaz! Se contempla la realidad estética de las groserías.

De narradores ya no tengo nada que decir que no se escape al ojo de buen cubero: retazos de discursos, miradas fragmentadas, panoramas beligerantes. En el intento de extenderse por sobre la complejidad histórica, se desborda ante el lector un horizonte heterogéneo de representación. Le Moyen nos adiestra en las estrecheces de la cosmo-

grafía: las cartas de navegación, los planisferios, las plumas multicolores, los astrolabios, las brújulas de marfil. Nos introduce al mundo pictórico de los indígenas, un ensueño de tintes, colores y formas abstractas que se extienden por los cuerpos esbeltos. François Dubois explora el milagro de la perspectiva: "Era como si hubieran abierto no solo una ventana, sino las puertas de una dimensión nueva de la realidad". Théodore de Bry al encapsulamiento del mundo en perseverantes sesiones de trabajo del oro y plata florecidos de la codicia europea.

"¡Que aquel audaz lector experimente el desorden que emana la novela! ¡La contrariedad propia de la historia! ¡El caótico devenir del tiempo!". Me imagino a Montoya diciendo. O tal vez no, solo soy yo en mi rol de lector modelo el que dice tales absurdas frases. ¡Vaya usted a saber! Lo que sí es cierto, espero que así sea, es que la esencia del *Tríptico de la infamia* es el contraste, la exploración, el dialogismo: una maraña. ¡O mejor! una hojarasca cuyas otoñales hojas, diferentes dimensiones de lo mismo, están dispuestas a la colisión, al altercado. ¡Un compendio diverso!

P. D.: Profe, sí hice la tarea... espero que sea de su agrado.

Monologue: The Adventure of Responding to *Triptych of Infamy*



Jeferson Stiven Lara-Correa¹

"I don't want to do my homework!" I must admit that this was my first thought. Homework... Homework... Homework... If they knew that the mere suggestion of its letters gulps a trace of air in the lungs, it is the impatient blow of the executioner on a victim who already knows in detail what awaits him. I would say, with great fear of being mistaken, that this character has spent a century (actually only a week, but this is to exert a dramatic effect, you know) musing, reflecting, and getting lost in a world of speculations about what to do. My conclusion: I must write. This I find natural given the strange and understandable circumstance that I don't know how to do anything else. Only and only if I were Le Moyen, I would walk into class with the cartographic universe of the novel condensed within the limits of a map; if I were Théodore de Bry, a good engraving in gold and silver would assure me A+; and if I were Montoya, I would arrive with a triptych novel or a novel triptych or at least... a novel. But I'm just Stiven (notice that the name is not even a shadow of an artist's name) and I... of course... don't want to do my homework. Declare your intentions: I swear in the name of God, in the name of the Professor, and before this noble audience that these and no more than these are my intentions. And yet, today I find myself at the forefront saying something: words and words that say nothing. Should I follow the example of Octavio Paz? Yeah, let's turn them around, let's grab them by the tail, let's make them scream, beat them, inflate them, pierce them, suck their blood, step on them like a gallant rooster, let's twist them, let's make them swallow all their words.

(Philips Glass sounds and a moment is allowed to pass so that the music settles on the audience).

This is a cage, a sea of repetition: the very same streets, and the very same home. I get up confused, gobble something throughout the day, ride Transmilenio amidst waves of bustle, and sit around listening to the birdsong and detailing the shapes of the sky. Again... I get up confused, gobble something throughout the day, ride Transmilenio amidst waves of bustle,



¹ Estudiante del Programa de Español y Lenguas Extranjeras, Universidad Pedagógica Nacional. jeslarac@upn.edu.co

and sit around listening to the birdsong and detailing the shapes of the sky. Again... Again!... AGAIN!... One day, suddenly, among such foggy disorder, without knocking on the door, an idea appears, I do not receive it, I do not welcome it, I do not write it down, and it disappears among the rhythmic and heavy dance of the crowd. I go then after it, I chase it without stopping to take a breath, but... no matter how fast these legs move, the distance remains the same between us until it disappears on impassable roads. What is the point of me telling you all this? I am NOT crazy! I must clarify. In addition to my desire to make this homework seem longer than it is, I have a presentiment that Montoya felt such a lack of interest when carrying out his detective exercise through the various cities of Europe, a cat locked in the corner of a painting. In essence, he didn't want to do his homework either... I imagine him exhausted wandering through alleys, observing the network of small canals, greyish and cold afternoons, tourists photographing endlessly, from time to time the reverberations of a timid sun, dirt, chaos, unbearable squeaks, blurred echoes, and suddenly, on the slippery terrain of intuition, in the delirium of chaos, in the wild monotony, the nebulous figure of Théodore de Bry appears. If my conjecture is correct, hoping I am not mistaken, that in the chaotic imbalance of this time, Montoya understood how to write his novel.

If they ask me -but I know they are not going to ask me anyway-, I task myself with tailoring an answer made out of cotton words, just in case! Only if someone has a question more than a comment! Only because at this moment I disguise myself as an ideal reader! (He disguises himself as an ideal reader). An answer to what?... Let's first clarify before we muddle the issue any further what is meant by that thought of the ideal reader:

It is said that inside a distant land, surrounded by majestic mountains and vaulted by a celestial dome,

there rose the city of Ecoe whose labyrinthine streets, infinite towers, and iridescent rivers made it stand out above the rest. Historians and some novelists say that in the highest part of Ecoe stood a majestic palace of intricate libraries whose depths dwelled the entity known by some, as the "ideal reader". It is narrated in ancient inscriptions, deciphered not long ago by prestigious linguists, that this creature was able to interpret texts analogously to the author who wrote them, in other words, to reconstruct precisely what the authors expected of it.

What is the purpose of the author of *Triptych of Infamy*? Montoya understood that history is complex, tangled, contradictory, chaotic, colorful, messy, and even anarchic. What an image! Let's give the story a corporeal reality, let's imagine it dressed in anarchist ideals hitting a couple of communists. So irreverent! Montoya understood that such complexity had to be introduced into his narration, capturing the horizon of history in an amalgam of diversity, knowing that his representation would still be insufficient: narrators, perspectives, ideas, worldviews, times, language, musicality. The possibility of evoking in the reader the feeling of an ordered disorder, elements that despite their disparity are set as a cogwheel. Let us stop and think, for example, about language. Sometimes, the text embodies the reality of the poet, it is seen appearing and disappearing among flying fish, wandering trees, fountains of youth, insurmountable mountains, incandescent riverbeds, golden kingdoms, winged dragons, lights, suggestive thighs, and scattered hair. The prosaic reality is impregnated with metaphorical unreality through words: the ideal, the magical, and the sublime. Beauty is contemplated in every corner, a beauty accentuated by the refinement and exoticism of words that escape the whirlwind of the quotidian. Do you follow me? No? Well, never mind. On other occasions, the novel personifies the objective and descriptive

reality of the attentive historian to every detail: the text then is lost in a plain description of objects, a long-worded prose, a monotonous rhythm, a regular ballad. At last, there are also moments in which one descends into prosaic and anodyne reality, reminding the reader with a slap in the face of how it is that one speaks. Mendacious whoreson! The aesthetic reality of rudeness is contemplated.

I have nothing to say about narrators that cannot escape the naked eye: fragments of speeches, blinking gazes, belligerent panoramas. In the attempt to extend over the historical complexity, a heterogeneous horizon of representation overflows before the reader. Le Moyen has trained us in the narrowness of cosmography: navigation charts, planispheres, colorful pens, astrolabes, and ivory compasses. He introduces us to the pictorial world of the natives, a reverie of dyes, colors, and abstract forms that spread over the slender bodies. François Dubois expounds on the miracle of perspective: "It was as if it had opened not only a window but the doors to a new dimension of reality" (Montoya, 2014, p. 93). Théodore de Bry takes us to the encapsulation of the world in perse-

verant work sessions of gold and silver flourished from European avarice.

"May that audacious reader experience the disorder that emanates from the novel! The contrariness of history itself! The chaotic unfolding of time!" I can imagine Montoya saying. Or maybe not, it's just me in my role as a model reader who says such absurd phrases. But what is certain, I hope, is that the essence of *Triptych of Infamy* is the contrast, the exploration, the dialogue: a tangle, or even better, a leaf litter whose autumnal leaves, different dimensions of the same thing, are willing to collide, to the altercation, a diverse compendium!

P.S. Teacher, I did do the homework... I hope you like it.

Works Cited

Montoya, P. (2014). *Triptico de la infamia*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Acknowledgement to professor Claudia Marcela Chapetón Castro for her help with the English version of the manuscript.